

INDIVIDUO Y PERSONA

Por el DR. RAFAEL SQUIRRU

Individuo

La palabra "individuo" proviene de *individuum*, traducción latina del griego. Algo indivisible materialmente que forma un todo reconocible. Es la unidad de que se componen las sociedades: un hombre, una hormiga (Lalande).

De ella deriva individualismo. En cierta teoría política la sociedad no es un fin en sí misma, sino que está supeditada al individuo en cuanto fin superior. Esto deriva o puede derivar en una tendencia a liberarse de toda obligación de solidaridad, pensando sólo en la propia individualidad.

Persona

El concepto de persona deriva del latín *persona* y hace referencia a la máscara que usaban los actores del teatro antiguo que tenía un dispositivo para amplificar el sonido de la voz.

Todo ser viviente con existencia física propia, por el hecho de ser tal (hombre, hormiga), es automáticamente un individuo, pero no acontece lo mismo con su condición de persona. Ser persona habla de un intento al menos de amplificar la voz, amplificar al individuo, hacerlo más sonoro, más humano.

Ser persona significa poder participar de la sociedad intelectual y moral de los espíritus. Capacidad para distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal; capaz en suma de ser partícipe de un cuadro de valores que constituyen eso que ha dado en ser llamado un ser humano.

No olvidemos que "humano" proviene de *homo romanus*, el hombre romano, expresión usada en el cenáculo de Escipión el joven y que puso en vigencia Marco Tulio Cicerón. Era un modo de distinguir al hombre romano del bárbaro, del salvaje, que carecía de ese cuadro de valores de los cuales el principal era el de la *pietás*. La piedad entendida no sólo como actitud ante el prójimo, sino también como actitud frente a la divinidad, a los trascendentales, aquello que trasciende, que está más allá de los límites biológicos de la especie. Así comienza Baltasar Gracián en el primer punto de su *Oráculo Manual*: "Todo está en su punto y el ser persona en el mayor".

Algunas enseñanzas

De lo antedicho sacamos algunas enseñanzas.

Junto al individualismo, glorificado por quienes hacen del liberalismo una religión más, con su dogma supremo de la libertad en abstracto y sacada de todo contexto, existe otro liberalismo que tiene a la persona como fin, lo que implica además de un valor que rinde homenaje a la libertad, otros hermanados con ella, tales como el de la solidaridad para con el prójimo (*pietás*).

Para el fanatismo liberal todo deviene autoritarismo. Hemos visto iniciativas (que a veces han prosperado) de abolir los exámenes en las escuelas y aun en las universidades, o en el más modesto de los casos, las notas, como si se tratase de medidas que conspiran contra ese valor de la libertad, así entendido, en términos absolutos.

El alumno no sólo debería tener libertad para estudiar o no estudiar, sino además para comportarse como le plazca.

Endiosar la libertad aislándola de los valores morales lleva a graves consecuencias en la práctica. Tengo libertad para darle la mano o no a un sujeto que a mi lado se está ahogando. Un mínimo

sentido moral nos hace saber que no ayudarlo es una conducta de egoísmo enfermizo. Esa libertad sólo alcanza su cometido cuando le doy mi mano al que se ahoga, cumpliendo entonces sí su más cabal sentido. Esto es lo que a mi entender separa los conceptos de individuo y de persona. El individualismo puede devenir egoísta, como acontece a veces con su lógica consecuencia: el egoísta capitalismo, así entendido por un liberalismo sin el cuadro de valores que debe acompañar a la persona.

En cambio, un auténtico liberalismo debiera tomar a la persona como fin, en tanto y en cuanto la persona incluye en su propia esencia no sólo el alto valor que dé a la libertad, sino todo el cuadro de valores que contiene además el de la solidaridad social.

Individuo y persona

Se es individuo, se deviene persona. Y para devenir persona hace falta precisamente esa educación que separa al salvaje del ser humano, del hombre y la mujer civilizados. En tal sentido puede hablarse de civilización y barbarie. La diferencia está entre quien, gracias a la educación, tiene el cuadro de valores humanos, frente a quien carece de ellos. Este momento que nos toca vivir en la historia hace, según creo, urgente que volvamos al concepto de persona en tanto ser humano, para no caer en un individualismo egoísta cuyo resultado final propende paradójicamente a la falta de libertad, en la medida en que conduce, por sus excesos, al autoritarismo. Valga el liberalismo como conciencia total, iluminada por la ética.

Nueva toma de conciencia

Los países de larga tradición estatizante pierden en el proceso el sentido de solidaridad social, ya que lo esperan todo del Estado. En la medida en que avanza la democracia liberal debe producirse una nueva toma de conciencia en tal sentido. No basta con que el gobierno oriente recursos hacia el tema de la marginación. Todos

los ciudadanos en la medida de sus posibilidades deben intentar canalizar una parte de sus recursos, por más modesta que sea hacia esas obras de bien común con que cuenta toda democracia liberal avanzada. Es la misma libertad del ciudadano la que le permite expresar voluntariamente su solidaridad social.

Asimismo, cabe preguntarse: ¿la única democracia liberal es la democracia individualista? ¿o hay también una democracia individual personalista que tenga en cuenta estos otros valores que en última instancia son valores morales? Y hasta qué punto puede el individuo desinteresarse de este valor, transformar por ejemplo la libertad en un absoluto fuera de todo contexto que para mí conduce lamentablemente a posibles excesos que se podrían corregir si uno hiciera hincapié en esas obligaciones que también la libertad conlleva pero que no están explicitadas en el término individuo y sí lo están en el término persona. Como he vivido en otras democracias liberales, no solamente lo que esbozamos nosotros, lo primero que se me preguntó cuando asumí un importante cargo en la OEA en Washington fue qué porcentaje del sueldo quería que me descuenten para obra social. Yo me mostré un poco sorprendido y después me enteré de que también las empresas privadas hacían la misma pregunta. Entonces dije una cifra razonable y me quedé en paz conmigo mismo sabiendo que en una sociedad ordenada y organizada podía yo voluntariamente contribuir a ese aspecto de la solidaridad social, porque no lo estoy planteando como algo obligatorio, como algo legal, sino que en esas sociedades que ya han avanzado en su conciencia democrática se dan cuenta de que para complementar esa conciencia democrática tienen también una obligación, no importa que se trate de grandes fortunas. Todos, creo, pueden dentro de sus posibilidades aportar un pequeño porcentaje para el bien común. Entonces no creo que esto sea apartarse de la democracia liberal, de ninguna manera, en la cual creo profundamente, pero a partir de que la entendemos como de personas y no solamente de individuos. Eso es lo que arrojo sobre la mesa.